

carácter musical y poético-crítico, realizado por el conjunto Yuyachkani del Perú, de la obra *Los músicos ambulantes*, alcanzó especial resonancia como teatro popular muy próximo al teatro callejero, y el conjunto colombiano de títeres de la Universidad Nacional, dirigido por el veterano director Enrique Vargas, cosechó los elogios unánimes de la crítica más exigente y del público en general, con su creación colectiva *Faustino Rinales*. El Broad and Puppet y el Taller de Colombia animaron con sus comparsas las calles de Manizales, dándole al festival una nota carnavalesca y, por iniciativa de algunos libreros, se montó una feria del libro en las principales arterias, todo lo cual muestra la variedad e interés que alcanzó este festival.

Finalmente, es necesario mencionar la diaria edición de Textos, el periódico del festival, y las mesas redondas de los críticos colombianos y españoles, como actos complementarios del encuentro, en donde se resumió su toma de conciencia y se efectuaron los balances del teatro latinoamericano y español.

EDUARDO GÓMEZ



Balances musical

La presencia cada día más frecuente en Colombia de intérpretes que sobresalen en el panorama internacional, se vio enriquecida este último trimestre con la visita de notables figuras, algunas de ellas ya legendarias en la música de este siglo.

Si bien nuestro objetivo inicial era mencionar "el concierto" de la úl-

tima temporada de 1984, las líneas precedentes sirven para precisar por qué no se escogió uno sino varios artistas o hechos de gran significación que marcaron nuestra vida musical en el lapso mencionado.

Al tratar de seguir un orden cronológico, habría que destacar en primer término la temporada de ópera de Colcultura, que este año trajo a nuestros escenarios dos sucesos de suma importancia: los estrenos absolutos en Colombia de las óperas *Fidelio*, de Ludwig van Beethoven y *Così fan tutte*, de Wolfgang Amadeus Mozart, con producciones vistas después en Europa, las cuales, según constatan publicaciones internacionales, hoy se aplauden en algunos de los más exigentes teatros líricos del viejo continente. Y en este orden de ideas, el hecho de abrir *Fidelio* la compuerta de la ópera alemana en nuestro medio pudiera considerarse el gran acontecimiento musical del año.

Dentro de la nómina de grandes intérpretes escuchados, no cabe pasar por alto las presentaciones de los pianistas Rudolf Buchbinder y Joaquín Achúcarro. Sin embargo, siguiendo un orden de prioridades, brilla con luz propia el recital que ofreció en la sala Luis Ángel Arango la notable soprano holandesa Elly Ameling, acompañada por el pianista estadounidense Dalton Baldwin. La sola presencia de esta mujer, famosa en la música contemporánea, de hecho constituyó un acontecimiento. Considerada como una de las más grandes intérpretes del *Lied* alemán, seleccionó para su única presentación en Bogotá un exigente programa de *Lieder* de Franz Schubert. No es el *Lied* una forma de composición para exhibiciones vocales, sino la esencia misma de la pureza, el refinamiento en el arte de interpretar musicalmente la poesía. Ciñéndose a tales consideraciones, Elly Ameling, dueña de técnica perfecta, talento y carisma extraordinarios, voz todavía bella y fresca, no obstante el paso de los años, con intachable línea de canto apoyada en un conocimiento profundo y maduro de un repertorio que domina, brin-

dó, con refinamiento estilístico pocas veces visto, un recital de imborrable recordación en nuestras salas de concierto.

Otro de los importantes acontecimientos musicales registrados este final de año, fue la presentación, en la misma sala de la Luis Ángel Arango, del cuarteto de cuerdas austriaco Alban Berg, traído a Colombia por el Mozartéum argentino. Cuartetos en el mundo los hay por centenares, pero sólo pocos se sitúan en un nivel cercano a la perfección. Y entre ese selecto número de intérpretes, habría que destacar a los integrantes de este conjunto: los violinistas Günther Poehler y Gerhard Schülz, el violista Thomas Kakuska y el chelista Valentin Erben, cuatro virtuosos de carrera que trabajan la música con un sentido de profesionales difícilmente superable.

Con dominio técnico absoluto, como si fuesen una sola voz, amplia, brillante y de gran expresividad, lo gran una pureza en la emisión del sonido, un manejo de los matices, del color orquestal, una precisión, profundidad en el repertorio que interpretan, variado en épocas y estilos, que escucharlos en una audición viva fue una experiencia a todas luces memorable.

Al quedar incluido este balance en una publicación adelantada por el Banco de la República, entidad de la cual depende la sala Luis Ángel Arango, recinto que hizo posible las dos últimas presentaciones anotadas, no escapan a quien suscribe estas líneas las consideraciones que sobre el particular tal vez algunos lleguen a emitir. Sin embargo, en justicia ha de afirmarse que esta sala, brindó al público de Bogotá durante 1984, una nómina de artistas de lujo en cualquier escenario, como fueron los incluidos en esta reseña que se constituyeron en ocasiones de imborrable memoria para los privilegiados asistentes.

MARÍA TERESA DEL CASTILLO